

PQ2207

.C6
M68
K2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA
U. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

EL SEÑOR MINISTRO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Sabina y la señora de Gerson eran, con las esposas de los Ministros, las de los Subsecretarios y de los altos empleados, las visitas más asiduas en casa de Adriana, y las que cada día la encontraban más *lugareña*. Ella, estupefacta, sentíase asustada por esas parisienses bullangueras, que parecían máquinas en continuo movimiento, y que charlaban cómo tocan las cajas de música.

—¿Os aburren?—le dijo claramente una noche Guy de Lissac, que sentía compasión hacia aquella joven pensativa, mil veces más bonita que la hermosa señora de Gerson, cuya belleza ensalzaban los periódicos; hacia aquella mujer de un Ministro, que voluntariamente se retraía, tímida, con cierta cortedad de genio, que no era torpeza ni falta de trato, y seductora, sobre todo para un hombre como Guy.

—No me aburren—respondió Adriana;—es que me trastornan.

—¡Ah! están en el *movimiento*, como se dice ahora. Tren expreso. Pero se divierten tanto, que ni siquiera tienen tiempo para disfrutar. Cuando la locomotora marcha á todo vapor, ¿cómo diablos se ha de contemplar el paisaje?

Adriana advertía en la conversación de aquel esceptico cierta simpatía, disimulada por su irónica manera de decir las cosas. El talento de Lissac le agradaba. Le extrañaban un poco, algunas veces, las burlas, quizás afectadas, del joven; pero su ingeniosa manera de conversar la consolaba de las tonterías y vulgaridades que escuchaba á cada paso.

Al principio por curiosidad, y luego por un sentimiento de amistoso respeto, Guy se había empeñado en estudiar aquella delicada naturaleza de sensitiva, llena de amor hacia Sulpicio, y que se sentía acometida algunas veces por extraña impresión dolorosa, como si en torno suyo hiciese el vacío, un vacío donde se ahogaba, alguna máquina neumática.

Parecíale que aquel grandioso palacio, poblado de fantasmas, estaba virgen de recuerdos y era vulgar como una fonda. Nada allí había dejado

huellas, más que el polvo y las manchas. Aquellos salones, edificados en otro tiempo por el Mariscal de Beauvau; aquellos muros que en otro tiempo habían oído los sollozos de la señora de Hondetot ante el último suspiro de Saint Lambert, parecían para Adriana estar despidiendo por todas partes el tedio, el irresistible tedio, el tedio solemne, oficial, absoluto; el tedio en el decorado y el aislamiento en el poder.

Maldecía aquella soledad; sentíase como perdida en los salones de aquella fonda que era el Ministerio, formado de grandes habitaciones frías, lúgubres, con sus sillas colocadas en fila á lo largo de la pared simétricamente y que no esperaban á nadie. Sillas de adorno, desocupadas, y que (los muebles á que estamos acostumbrados, los muebles de familia, parece que tienen el don de la palabra) no hablaban entre sí. Vastísimas habitaciones desiertas, donde los armarios para libros tenían, detrás de sus cristales, visillos verdes siempre corridos; armarios sin libros, que no se abrían nunca, lúgubres como sepulcros vacíos.

Sí; Adriana se ahogaba en aquella mansión dorada, llena de tapices de los Gobelinos, pero terriblemente sombría, y en la cual nada, nada, ni siquiera un objeto, le recordaba el delicioso hogar

provinciano, la casa de Grenoble, el jardín lleno de lilas, á donde ella bajaba á veces á leer un rato, en tanto que Sulpicio trabajaba arriba en su cuarto, junto á la mesa llena de papelotes y colocada al lado de un balcón casi siempre abierto. ¡Ah, las queridas habitaciones del humilde hogar de provincia y los deliciosos ratos pasados en el alegre nido de sus amores!

Recordaba también los primeros tiempos de su estancia en París, los días agradables pasados en el piso alquilado en la Calzada de Antin, donde al menos se sentía en su casa libre de ir y venir, de perorar, de hablar alto, sin tener la impresión de una mirada fija constantemente en ella, de unos oídos siempre atentos y en perpetuo espionaje, de unas gentes dispuestas siempre á criticar todos sus actos y á comentar todas sus palabras.

Algunas veces se preguntaba á si misma si, aun para el propio Sulpicio, no distaba mucho de ser la felicidad aquella vida que era una verdadera esclavitud; aquella fiebre política que desde hacía algún tiempo lo estaba poniendo pálido, nervioso y muy otro de lo que era antes.

—Si no me amases tanto — solía decirle ella sonriendo dulcemente — creería que ya no me amabas.

—¡Qué locura! no tienes más que una rival, Adriana mía....

—¡Ah! ya lo sé. Pero te me arrebatara por completo. Es la política. En fin, adquiere gloria, y yo seré feliz ó sabré resignarme, como quieras. ¡Te adoro tanto! Puesto que te daría mi vida entera, bien puedo hacer el sacrificio de que pases los días fuera de mi lado.

Procuraba, en medio de aquella vida oficial, llevar á su casa el orden burgués y provinciano que le habían enseñado desde pequeña, aunque era rica. Echaba de ver que los postres de su mesa desaparecían en seguida, y que se llevaban á la cocina platos sin tocar y botellas sin abrir. Quiso hacer observaciones; pero la sonrisa un si es no es despreciativa de los criados le sirvió de respuesta, y ya no se atrevió á insistir, porque se avergonzó.

Indudablemente el señor Picherau, antecesor del señor Vaudrey, era económico, *agarrado*. Su mesa tenía poco de particular, porque el señor Picherau padecía del estómago; pero los antecesores de este señor, ¡aquellos sí que eran Ministros! ¡aquellos sí que habían dado banquetes y bailes! Verdad es que el uno era Conde y el otro Marqués, y á los aristócratas se les conoce en todo.

Una tarde oyó que uno de los criados decía á otro:
—¡Como si no fuese nuestro el dinero que se comen los Ministros! Dinero de los electores y de los contribuyentes. Ellos nos dan un salario, y nosotros en cambio les damos un pingüe sueldo. Eso es.

El criado fué puesto en seguida en la calle; pero sus palabras acudían á menudo á la memoria de Adriana y hacían que tuviese horror á todos aquellos lacayos que la rodeaban, que la servían con fina deferencia, sin cariño, como criados de fonda ó mozos de mesón, de quien debían separarse al día siguiente, dándoles una propina.

Vaudrey advertía mucho menos aquellas picaduras cotidianas. Vivía en una atmósfera de elogios continuos, de disimuladas solicitudes y de adulación constante. Hubiera podido fácilmente calcular con matemática precisión, cuántos ángulos puede formar el cuerpo humano al inclinarse para hacer reverencias. Todo el mundo pedía ó hacía que pidiese algo. El ascenso, una verdadera monomanía, era el sueño constante de aquel enjambre de empleados que pedían, intrigaban, hacían en rededor del nuevo Ministro trabajos que parecían las fortificaciones de circunvalación en rededor de un reducto.

Sulpicio se sentía sitiado por una multitud de ambiciones. Los oficiales primeros echaban codiciosas miradas á las plazas de jefes de negociado, y éstos á las de director. Las cartas y las tarjetas de recomendación llovían materialmente. El Ministro sentía náuseas al ver aquel torrente de solicitudes y de peticiones, y procuraba contenerlo llamando á Warcolier, el subsecretario, y diciéndole que contestase á los senadores, á los diputados, á todo el mundo, que no quería el favoritismo; que la época de las recomendaciones había concluído; que no pensaba ascender más que á quien reuniese méritos para ello. ¿Lo oís bien, señor Warcolier?

El subsecretario ponía los ojos en blanco, los abría desmesuradamente, luego sonreía, y después de acariciar sus espesas patillas con cierto aire de diplomático misterioso, hacía notar al señor Ministro, con tono doctoral, que aquella era una senda que en conciencia debía calificar de funesta. ¡Qué diablos! ¡algo había que hacer por los amigos!..... La entrada de Vaudrey en el Ministerio de la Gobernación había hecho nacer muchas esperanzas, y era absolutamente necesario corresponder á ellas. No perdonarían á Vaudrey los que se llevaran chasco.

—¿Qué chasco?—decía Sulpicio.—He prometido

reformas, y quiero hacerlas. Pero la gente se ríe de esas reformas y me pide destinos.

—¡Caramba!—contestaba Warcolier;—¡la cosa es lógica!

—Sí; pero hay destinos y destinos. No he de dejar á todos los empleados cesantes para colocar á otros nuevos, ¡y eso es lo que quisieran! ¡No hay ni un solo diputado que no tenga media docena de recomendados!

—Y ello es natural, señor Ministro, puesto que para eso son diputados.

—Es cierto, porque no parece sino que esa provisión de plazas les produce dinero.

—Cada cual va á su negocio, señor Ministro. Ayer mismo, un elector de mi distrito, cuya mujer acaba de tener un hijo, me escribía para que le buscara una nodriza. A nuestro amigo Perraud le escribió el otro día un elector diciéndole que le lleve un paraguas cuando vaya por allá este verano. Los electores toman á sus diputados como agentes de negocios ó comisionistas.

—¡O repartidores de estancos! pues bien, yo me he propuesto que haya más moralidad administrativa. Me gusta dar, pero también sabré negar lo que no pueda conceder.

—Eso os será fácil mientras tengáis fuerza en

el Parlamento; pero el día que aparezca tal ó cual personaje, pretendiendo ser Ministro, resultará más útil á todos esos intereses menudos..... ¡Hay muchos candidatos á Ministro!

—Granet, por ejemplo, ¡ya lo sé! Promete más de lo que puede dar. Yo no quiero engañar á nadie.

—Como queráis, señor Ministro, como queráis—respondió Warcolier entre grave y burlón.

A Sulpicio no le agradaba aquel hombre. Un majadero. Comprendía vagamente que le minaba el terreno el Subsecretario que afectaba en público singular rigidez de principios, y que en el terreno privado lo abandonaba todo al favor para captarse simpatías. Bastaba que el Ministro desahuciase á un exagerado ambicioso, para que el Subsecretario alentara con sonrisas equívocas y frases de doble sentido las esperanzas más absurdas. Vaudrey ignoraba aquel trabajo de zapa y no sabía que de todos aquellos que salían descontentos de su despacho hacía Warcolier un núcleo de amigos suyos; pero desconfiaba grandemente de aquel republicano de ocasión, que no lo había sido hasta que el triunfo de la República estuvo asegurado. Por lo demás, ¿qué tenía que temer? El Presidente del Consejo, señor Collard, tenía la absoluta con-

hubiese arriesgado todo sin titubear un momento.

Y cuando se lo decía cándidamente, ella contestaba de un modo extraño, en un tono interrogador lleno de encantos, en el cual había tanto de la caricia de amor propio de la mujer, como de la duda voluntariamente refinada de la coqueta; un *sí* interrogativo.

—¿Sí?

Y no decía más.

Y en ese *¿sí?* había para Sulpicio un mundo de ternezas, de excitaciones y de ardientes promesas.

Entonces la atraía hacia sí.

—¡Sí, sí, sí, sí!—exclamaba apasionado, hundiendo la cabeza entre el hombro descubierto por la camisa y el cuello de Mariana, aquel cuello perfumado que cubría de besos.

¡Sí! Y hubiese sido capaz de gritarlo delante de todo el mundo, desafiando á la sociedad entera.

¡Sí! Y era su alegría entregarse por completo á Mariana y decirle una y otra vez que nada, nada del mundo, nada valía para él tanto como aquella querida, por la cual lo olvidaba todo: la política, el hogar, la ambición, el cariño de su Adriana.

Gracias á los buenos oficios de la Dujarrier, Mariana había pagado el alquiler del hotelito, á los criados y á los acreedores menos pacienzudos.

Clara Dujarrier adelantaba los cien mil francos que reclamaba la señorita de Kayser, y hacía en la apariencia—porque realmente no tenía más que sacarlos de la caja—que los prestase Adolfo Gochard, su amante, que no tenía un céntimo, y á quien Vaudrey firmaba en debida forma un recibo de dinero tomado en depósito. La Dujarrier se quedaba con veinte mil francos por su comisión, y entregó solamente ochenta mil á Mariana.

—¡Pero si el pagaré de Vaudrey es de cien mill!

—Sí, hija; pero ¿y si pierdo lo demás? ¿Y si á tu Ministro se le antoja no pagarlo?

—¿Cómo ha de hacer eso?

—Otras cosas mayores se han visto, hija mía

Cuando hubo pagado dando su firma para aquel documento, Vaudrey experimentó la profunda alegría de las sensaciones brutales de amor propio del hombre á quien le cuesta el dinero una mujer guapa, y que cree que ésta le ama.

Al principio de sus relaciones, Sulpicio no iba á la calle de Prony más que de día ó por la noche después de comer y de asistir á una recepción ó al teatro. Mariana lo esperaba. Él llegaba fugitivo, loco de alegría y de deseo. Y allí permanecía en la alcoba de Mariana, en tanto que ésta gozaba de la satisfacción de ver á aquel hombre completamente

dominado por la influencia de sus caricias. A veces se divertía llamándole *vuecencia* y leyendo en un librito donde estaba escrito el ceremonial necesario para ser recibido en audiencia por un Ministro.

—Si alguna vez se me ocurre pedirte una audiencia, tendré que dirigirme á tu secretario particular. Este libro es muy curioso: «Traje. La etiqueta no es severa en cuanto al traje, pero es de buen gusto presentarse como para una visita de cumplido. Las señoras deben llevar un vestido sencillo y guantes recién estrenados.»

Y se reía, medio desnuda en los brazos de Sulpicio, repitiendo y mirándole de hito en hito:

—¡Un traje sencillo. Oye, oye más—añadía cogiendo otra vez el libro. Se usa el tratamiento de *monseñor* y *vuecencia* para hablar al Ministro ó para dirigirse á él por escrito. Al salir del salón se debe hacer una reverencia junto á la puerta..... ¡Hol!, hola!..... ¡Conque tanto hay que respetarte?..... Excelentísimo señor..... Monseñor..... Y tendría que hacerte reverencias..... ¡Dame tu boca, monseñor, tus labios, así!..... ¡Te adoro, monseñor!..... ¡Tú eres mi ministro, mío solo, mi ministro de Hacienda, mi amante, todo! ¡No te respeto, no; pero anda, que lo que es adorarte..... Te aseguro!.....

Y él sentía estremecimientos inexplicables de placer cuando le hablaba así; experimentaba verdaderos furores de alegría estrechándola entre sus brazos, y profundas desesperaciones cada vez que tenía que abandonarla por unas cuantas horas. ¡Abandonarla! ¡dejarla allí á la luz tenue de aquella lámpara elegante, sola, en aquella cama donde acababa de olvidar durante unas cuantas horas que en el mundo hubiese otra cosa que aquella mujer y aquel hotel caldeado de perfumes excitantes! Hubiese querido pasar á su lado la noche entera, no separarse de ella hasta que estuviese abrumado por sus caricias. ¿Pero cómo dejar sola á Adriana? Por mucha confianza que tuviese en él su esposa, aquella joven inocente, crédula, incapaz de sospechar, si no parecía por su casa en toda una noche, acabaría por sospechar algo.

Inventaba multitud de quehaceres y de recepciones oficiales que duraban hasta muy tarde, y sesiones nocturnas en la Cámara que le retenían hasta hora muy avanzada.

—Cualquiera diría—exclamaba Adriana con candidez á la hora del almuerzo—que las sesiones de noche van siendo mucho más frecuentes que antes.

—No me hables de ello—respondía Sulpicio.—

Te aseguro que estoy aburridísimo. Los diputados son el demonio..... Por acelerar un poco los trabajos para poder tomarse las vacaciones más largas, son capaces de cualquier cosa.....

Adriana no abría jamás *El Diario oficial*, que Vaudrey relegaba á su despacho particular, pretendiendo que la vista de un periódico le recordaría demasiado la vida de la política con sus agitaciones y sobresaltos, de los cuales quería descansar al lado de su mujer.

Un día, sin embargo, permitió que llevaran el periódico al gabinete de su mujer. Había dicho á Adriana que iba á pasar el día en Guisa ó en Verbins, donde le había invitado á visitar una importante fábrica un diputado de la mayoría. Se iba por la mañana y no podría regresar hasta por la tarde del día siguiente.

—¡Cuánto tiempo!—dijo Adriana.

—¿Qué quieres? Más largo se me hará á mí que á tí, porque al cabo tú lo pasarás aquí en nuestra casa.

—¡Nuestra casa! No hay más casa nuestra que la de la Calzada de Antin ó la que tenemos allá en Grenoble.

—¡Vida mía!—exclamó Vaudrey abrazándola con ternura, y acaso también con sinceridad.

Y se fué. Iba á Guisa, de donde regresaba aquella misma noche; pero dió orden al Negociado de la prensa para que enviase á todos los periódicos, por medio de la Agencia *Havas*, un telegrama concebido en estos términos: «El señor Ministro de la Gobernación pasó el día de ayer en Guisa, invitado por el señor Delair, diputado por aquel distrito. Se alojó en casa de dicho señor. El Ministro regresó á París esta mañana á las once.»

Y sonriente y gozoso enseñó á Adriana esa noticia, diciéndole:

—¡Es admirable esto de que no pueda uno dar un paso sin que en seguida lo sepa todo el mundo!

—Cuéntame todo lo que has hecho—decía Adriana mirándole amorosamente.—¿Estás cansado? Parece que estás pálido. ¿Cómo pasaste el día? ¿pronunciaste algún discurso? ¿te aplaudieron mucho?

Vaudrey contestaba dándole besos, porque no sabía qué decirle. Ya sabía ella que todas esas recepciones se parecen mucho, que siempre sucede lo mismo. Delair había estado muy amable y deferente con él; pero el Ministro había tenido que sufrir la molestia de una porción de discursos y de visitas importunas.

—¡El día me ha parecido muy largo!

—¡Y á mí!—contestó ella.

Sulpicio regresaba, en efecto, del pueblo de Guisa; pero el último tren de la víspera le había traído á París, y desde la estación habíase marchado á la calle de Prony, á casa de Mariana. Había, pues, hallado el medio de pasar con ella toda una noche, en tanto que el Negociado de la prensa, manejando el telégrafo, le permitía engañar por aquella vez á la pobre Adriana. Llevó á Mariana un magnífico ramo de flores, cogidas en los jardines de Guisa por las hijas del señor Delair y dedicadas á la señora de Vaudrey. La cosa le pareció lo más natural del mundo.

Mariana, que lo esperaba, puso las flores en unos jarrones del Japón y le dijo, rodeándole el cuello con sus hermosos brazos desnudos:

—¡Gracias á Dios que has pensado en mí!

Vaudrey salió de allí á la mañana siguiente, enloquecido por el recuerdo de las caricias de su querida. A veces se dirigía á su casa, solo, á pie, aspirando el fresco de la mañana; otros salía en carrujillo de alquiler, y dentro de él se extendía fatigado, acariciando en su imaginación aquellos momentos de placer que acababa de pasar y sintiendo deseos de reanudarlos en seguida.

Cerraba los ojos y veía á Mariana con los párpados entornados bajo sus besos, y aspiraba el perfume de sus destrenzados cabellos cubriendo la almohada. Parecíale que se hallaba penetrado de aquel perfume, y con la nariz muy abierta aspiraba fuertemente como para hacer acopio de aquel olor delicioso. Estremecíase al recuerdo de aquel hermoso cuerpo abandonado, más blanco que las sábanas en que descansaba é iluminado por la tenue luz de la lámpara de su alcoba.

Luego se decía que era necesario olvidar aquellas cosas para inventar una historia cualquiera que contar á Adriana. Entonces volvía á abrir los ojos y se sobresaltaba á su pesar al ver en las aceras, á un lado y otro del coche que lo llevaba, grupos de obreros con las manos en los bolsillos, la nariz colorada, con una bufanda vieja liada al cuello y llevando debajo del brazo el pan del día, ó leyendo, mientras caminaban lentamente, algún periódico que publicaba el último discurso del *señor Ministro de la Gobernación*; aquel magnífico discurso pronunciado, no en la sesión de la noche como Sulpicio iba á decirle á Adriana, sino dos días antes, en pleno día, y durante el cual la mayoría parlamentaria, fielmente agrupada en torno de Vaudrey, había aplaudido con entusiasmo esta

frase: «Yo que consagro todo mi tiempo y todos mis afanes á mejorar la situación de la clase obrera, y que puedo decir como el poeta—y perdonadme esta inmodestia:—«Lo que quito á mis noches lo añado á mis días.....»

Sulpicio creía estar oyendo todavía los aplausos y los bravos que acogieron sus palabras. Veía aquellas manos y aquellos brazos que se le alargaban y le estrechaban al bajar de la tribuna; volvía á sentir la impresión de orgullo que entonces había experimentado, y sin embargo, estaba descontento de sí mismo, al ver en aquel instante las manos enrojecidas y las cabezas de los obreros que llevaban entre sus dedos aquel discurso suyo.

En el Ministerio ya, hizo un esfuerzo para olvidar sus últimas impresiones; pero apenas pudo dominar el disgusto que le producía, siempre que entraba, aquella nube de pretendientes que le acechaba al paso.

Vaudrey dió orden para que Warcolier recibiese á todas aquellas personas y á otras muchas que el subsecretario acogía con amabilidad, no perdiendo ocasión de hacerse amigos y partidarios. Guy de Lissac y Dionisio Ramel hicieron observar más de una vez á su amigo el afán con que Warcolier procuraba hacerse popular.

—Te aseguro que no te es leal ese caballero, amigo de todos los Gobiernos—le decía Lissac.

—Anda minándoos el terreno poco á poco—añadía Ramel.

—Ya lo sé; pero estoy tranquilo, porque tengo en la Cámara una mayoría fiel y compacta.

—La mayoría, como las mujeres, cambian á menudo y cuando menos se piensa.

Guy sentía otra clase de inquietudes también respecto á su amigo Vaudrey. Adivinaba vagamente que Sulpicio hacía poco caso de Adriana. Sin duda lo distraían los asuntos políticos. Seguramente Vaudrey amaba á su mujer, que por su parte le adoraba con locura, y que era adorable; pero evidentemente la descuidaba más de lo regular.

Lissac los encontró un día discutiendo, después de almorzar, sobre una cuestión de que hablaban mucho los periódicos: el divorcio. A propósito de nada, á propósito de una demanda de separación de cuerpos que Adriana acababa de leer en la *Gaceta de los Tribunales*, salió la conversación. Un marido adúltero, el dueño de un almacén de porcelanas de la calle Paradis, un tal Vauthier, amante de una tiple de café cantante, muy célebre, llamada Lea Thibault. La esposa había pedido

la separación, y Adriana acababa de leer la vista del proceso.

—¡Pobre mujer!—decía.—¡Debe haber sufrido mucho!

Sulpicio no contestaba.

—¿Sabes que si á mí me sucediera eso, no te lo perdonaría nunca?

—¡Estás loca! ¿cómo te ha de suceder á tí?

—¡Oh! Es verdad; la idea de que tú pudieras tocar á otra mujer, besarla como me besas á mí, me da, más que rabia, horror y repugnancia. Te digo seriamente que no te lo perdonaría nunca.

—Pero ¿quién te mete esas tonterías en la cabeza? Vamos, voy á tener que hacer lo que hacía antes—añadió Vaudrey.—Voy á prohibir que te traigan periódicos. ¿A quién se le ocurre leer la *Gaceta de los Tribunales*?

—Ese apellido, *Vauthier*, porque se parece un poco al tuyo, es el que me llamó la atención. Y luego, ese epígrafe tan triste: *Separación de cuerpos*. Yo preferiría el divorcio. ¡El divorcio absoluto, que rompe un pasado completamente!

—¡Vaya una idea!—repetía Sulpicio un tanto inquieto.

Vaudrey se alegró mucho oír que anunciaban á Guy en medio de aquella discusión. Variarían de

conversación. Pero Adriana, muy impresionada con su lectura, volvía al mismo asunto con cierto encarnizamiento, y Lissac se echaba á reír.

—¡Vaya una broma! ¡Hablar vosotros de divorcio! No temáis, señora, que no ha de ser vuestro marido quien presente á la Cámara una ley en favor del divorcio.

—¿Quién sabe?—respondía Sulpicio.—Soy partidario del divorcio, partidario decidido.

—Y yo—contestaba Adriana—no puedo comprender que una mujer pueda pertenecer á dos hombres que estén vivos.

—Tú juzgas por tí. Pero las infelices que sufren.... y los infelices.... La ley actual admite la separación, que en resumen es permitir el divorcio, pero más cruel, más desgarrador, más injusto. Un divorcio sin libertad, un divorcio, pero que perpetúa la cadena.

—Sulpicio tiene razón, señora, y más tarde ó más temprano llegaremos inevitablemente al divorcio.

—Después de todo—decía Adriana,—¿á mí qué me importa?

Y tiraba al suelo aquella pícara *Gaceta de los Tribunales* que hablaba de la separación de los esposos Vauthier.—En nosotros dos no puede ha-

ber ese caso; mi marido me ama y yo á él. Estoy tan segura de su cariño como del mío propio. Puede reclamar cuantas leyes quiera sobre ese punto, y no será seguramente por egoísmo, puesto que él no ha de aprovecharlas.

—¡Jamás!—dijo Sulpicio riendo y satisfecho de verse libre de la inquietud extraña y como magnética que le producía la insistencia de Adriana.

Pero aquella risa suya tenía algo de forzada. Ante la confianza de su mujer, Sulpicio sentía remordimientos. Pensaba en Mariana. Su pasión crecía, se duplicaba; pero aquel mismo recrudecimiento de su amor le causaba miedo. Tenía prisa por verse de nuevo en la calle de Prony. El palacio de la plaza de Beauvau se le ponía encima. Cada vez se le antojaba más una cárcel. Escapábase de allí con verdadera alegría.

Sí, una cárcel para él, como lo era para Adriana; una cárcel de donde huía para dirigirse al tocador de Mariana, para hallar allí los besos y la risa de su querida, en tanto que á la misma hora, su mujer, aquella criatura delicada y amorosa, sentíase abandonada y triste sin explicarse la causa de su tristeza, aburrida en aquella sombría mansión ministerial, esperando el coche que su marido le enviaba desde el Parlamento para ir—¿á dónde?—ella sola lo sabía.

—Debías hacer una porción de visitas—decía el Ministro. Eso te distraería, y es preciso cumplir con todo el mundo.

No hacía con gusto más que una sola visita; daba al cochero las señas de su casita de la Calzada de Antin donde había pasado con Sulpicio largas horas felices y tranquilas. Entraba en aquella casa desocupada, fría como un sepulcro, y cuyas ventanas hacía abrir para que penetrase por ellas el sol y el aire puro.

Allí se encerraba y permanecía un largo rato sentada en la butaca donde solía sentarse Sulpicio en su gabinete de trabajo, delante de su tintero, en medio de sus libros.

Adriana soñaba, soñaba con los tiempos pasados; recorría las habitaciones desiertas donde todo le recordaba un momento de alegría, una carcajada, un beso, una caricia. ¡Ah! ¡qué agradable sería vivir allí los dos solitos y tranquilos!

¡El ministerio! ¡el poder! ¡la popularidad! ¡la gloria! ¡el poder! ¿A qué venía todo esto?

¿Acaso todo junto valía ni siquiera una de las horas pasadas allí tranquilamente en aquel hogar donde nada faltaba más que si acaso el alegre balbucear de un niño?

¡Pobre Sulpicio! ¡cuánto se destrozaba en una

tarea constante y abrumadora! ¡Daba á la política su salud y su vida, en tanto que allí podía encontrar la tranquilidad, las caricias consoladoras, el alivio de toda fiebre! ¡Todavía se veían encima de la mesa papeles y libros hojeados en otro tiempo!

Adriana salía con los ojos enrojecidos de aquellas especies de peregrinaciones á la felicidad. Tomaba el coche, y con la punta de la lengua mojaba su pañuelo de batista para pasárselo por los ojos, á fin de que Sulpicio no conociera que había llorado.

Y en el barrio de Saint Honoré, donde todos conocían perfectamente su carruaje de ministro, al verla pasar, había mujeres, tenderas, ó modistas ú obreras que, envidiosas, meneaban tristemente la cabeza y decían:

— ¡La mujer del Ministro!..... ¡Ah, qué feliz es ésa!..... ¡Cómo se le han realizado sus ilusiones!

II.

Mariana estaba satisfecha. No porque su ambición se viese enteramente cumplida, sino porque, después de todo, á falta de Rosas, no era de despreciar Sulpicio. Un Ministro es siempre un perso-

naje. Jamás hubiera podido soñar en un desquite tan inmediato.

Inmediato sí, pero tal vez no suficiente. Aquella hambrienta tenía más apetito cuanto más comía; y andaba buscando en su imaginación algún medio para, aprovechando la circunstancia de dominar completamente á Vaudrey, dar un golpe de mano que hiciese su fortuna. ¿Qué se le podría pedir ó exigir á Sulpicio? Ella recordaba las historias fantásticas de grandes negocios, de grandes contratas ruinosas para el Estado, pero que producían en un momento pingües beneficios para algunos privilegiados. La cosa para ella era querer simplemente, porque el Ministro se le entregaba atado de pies y manos. Ya encontraría un medio. Mariana conocía á su querido perfectamente, con todas sus candideces, todas sus debilidades; porque delante de aquella mujer hastiada de amor, Vaudrey, franco como él solo, se dejaba ir á confianzas íntimas, abriendo su corazón, descubriéndose en aquel duelo con una mujer corrida: duelo de interés que él tomaba por amor verdadero.

Mariana lo había estudiado atentamente y luego lo clasificó:

— ¡Un cándido!